

1

La religión en la Arabia preislámica

Unas breves palabras sobre los profetas y la religión

Los profetas no *crean* las religiones. Habida cuenta de que toda religión va dirigida al entorno social, espiritual y cultural en el que surge y en el que se desarrolla, debemos ver a los profetas como *reformistas* que redefinen y reinterpretan las creencias y prácticas existentes en sus comunidades. De hecho, muy a menudo son los sucesores del profeta quienes asumen la responsabilidad de transformar las palabras y obras de su maestro en sistemas religiosos unificados y de fácil comprensión.

Al igual que otros muchos profetas antes que él, Mahoma jamás afirmó haber inventado una nueva religión. Por el contrario, el mensaje de Mahoma, como él mismo admitió, pretendía reformar las creencias religiosas y las prácticas culturales existentes en la Arabia preislámica a fin de acercar el Dios de los judíos y los cristianos a los pueblos árabes. «En materia de fe, Él os ha prescrito lo que ya ordenó a Noé —y de lo cual te hemos dado conocimiento [oh, Muhámmad] por medio de la revelación— y también lo que ordenó a Abraham, a Moisés y a Jesús», dice el Corán (42: 13). No debe extrañarnos, pues, que Mahoma, en su juventud, recibiera la influencia del ambiente religioso de la Arabia preislá-

mica. Aunque el movimiento islámico sea único y de inspiración divina, sin duda en sus orígenes tuvo lazos con la sociedad multiétnica y multirreligiosa que alimentó la imaginación del Profeta cuando era joven y le permitió forjar su mensaje revolucionario en un lenguaje fácilmente reconocible para los árabes paganos a quienes se proponía acceder a toda costa. Mahoma, al margen de todo lo que pueda decirse de él, era innegablemente un hombre de su tiempo. Por tanto, para comprender de verdad la naturaleza y el sentido de su mensaje, debemos remontarnos hasta esa época de paganismo —un período apasionante y, sin embargo, desdibujado— a la que los musulmanes llaman *Yabiliya*: «la Edad de la Ignorancia».

La Edad de la Ignorancia: Arabia, el siglo VI e.c.

En el árido y desolado valle de La Meca, rodeado por los desnudos montes del desierto arábigo, se hallaba un pequeño y discreto santuario al que los antiguos árabes llamaban la *Kaaba*: el Cubo. La Kaaba era una estructura cuadrada hecha de piedras, sin argamasa ni tejado, hundida en un valle de arena. Sus cuatro paredes —tan bajas que una cabra joven habría podido saltar por encima— estaban revestidas de tiras de tupida tela. En su base, dos pequeñas puertas labradas en la piedra gris daban acceso al interior sagrado. Era ahí, dentro del reducido santuario, donde residían los dioses de la Arabia preislámica.

En total, según se dice, eran trescientos sesenta los ídolos alojados dentro y alrededor de la Kaaba, y representaban a todos los dioses reconocidos en la península arábica: desde el dios sirio Hubal y la poderosa diosa egipcia Isis hasta el dios cristiano Jesús y su santa madre, María. Durante los meses sagrados, peregrinos de todos los rincones de la península viajaban hasta esta tierra yer-

ma para visitar a las deidades tribales. Entonaban cantos litúrgicos y bailaban ante los dioses; realizaban sacrificios y elevaban plegarias por su buena salud. A continuación, en un ritual extraordinario cuyos orígenes son un misterio, los peregrinos se agrupaban y giraban siete veces en torno a la Kaaba, deteniéndose algunos de ellos por un momento para besar cada esquina del santuario antes de verse arrastrados de nuevo por la corriente de cuerpos.

Los árabes paganos congregados alrededor de la Kaaba creían que el fundador del santuario fue Adán, el primer hombre. Creían asimismo que el edificio original erigido por Adán quedó reducido a escombros durante el Diluvio Universal y fue reconstruido luego por Noé. También creían que, después de Noé, la Kaaba cayó en el olvido durante siglos, hasta que la redescubrió Abraham en una visita a su concubina, Agar, y su primogénito, Ismael, ambos desterrados a este paraje inhóspito a instancias de la esposa de Abraham, Sara. Y creían que fue en este mismo lugar donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a Ismael, idea que abandonó solo ante la promesa de que también Ismael, como su hermano menor Isaac, engendraría una gran nación, cuyos descendientes giran ahora en el valle arenoso de La Meca como un remolino en el desierto.

Naturalmente, todo esto son relatos concebidos para transmitir el *significado* de la Kaaba, no su procedencia. La verdad es que nadie sabe quién construyó la Kaaba ni cuánto tiempo lleva ahí. Es probable que el santuario no fuese siquiera la razón original por la que este lugar se considera sagrado.

También es posible que, para los antiguos árabes, el santuario original poseyera una significación cosmológica. Muchos de los ídolos de la Kaaba guardaban relación con los planetas y las estrellas; por otra parte, la leyenda de que en total ascendían a trescientos sesenta parece indicar connotaciones astrales. Tal vez los peregrinos, con esas siete «vueltas» en torno a la Kaaba, quisieran

reproducir el movimiento de los cuerpos celestes. Al fin y al cabo, entre los pueblos antiguos corría la creencia de que los templos y santuarios eran réplicas terrenales de la montaña cósmica de la que había surgido la creación. Puede que la Kaaba, como las pirámides de Egipto o el templo de Jerusalén, se construyera a modo de *axis mundi*: un espacio sagrado alrededor del cual gira el universo, el vínculo entre la tierra y la bóveda celeste sólida.

Por desgracia, los orígenes de la Kaaba, como ocurre con tantas otras cosas referentes a este lugar sagrado, son pura especulación. Lo único que los estudiosos pueden afirmar con relativa certeza es que en el siglo VI e.c. este pequeño santuario hecho de barro y piedra se había convertido en el centro de la vida religiosa de la Arabia preislámica: la época conocida como Yahiliya.

Los árabes paganos

Tradicionalmente, los musulmanes definen la Yahiliya como un tiempo de depravación moral y discordias religiosas: una época en la que los hijos de Ismael enturbiaron la fe en el único Dios verdadero y sumieron la península arábiga en las tinieblas de la idolatría. Pero de pronto, a principios del siglo VII, como si despuntara el alba, apareció en La Meca el profeta Mahoma, predicando un mensaje de absoluto monoteísmo y moralidad inflexible. Por medio de las revelaciones que recibió de Dios, Mahoma puso fin al paganismo de los árabes y sustituyó la Edad de la Ignorancia por la religión universal del islam.

La experiencia religiosa de los árabes preislámicos fue, en realidad, mucho más compleja de lo que podría deducirse a partir de esta tradición. Antes de surgir el islam, la península arábiga se hallaba dominada por el paganismo. Pero *paganismo* es un término carente de significado, peyorativo, creado por quienes están

fuera de esa tradición para describir lo que es una diversidad casi ilimitada de creencias y prácticas. La palabra griega *paganus* significa «aldeano rústico» o «zafio», y originalmente la utilizaron los cristianos a modo de insulto para referirse a aquellos que seguían cualquier religión, excepto la suya. A diferencia del cristianismo, el paganismo es una perspectiva religiosa receptiva a numerosas influencias e interpretaciones. El paganismo no aspira ni al universalismo ni al absolutismo moral.

Además, es importante distinguir entre la experiencia religiosa de los beduinos nómadas y la experiencia de las tribus sedentarias que se establecieron en los principales núcleos de población, como por ejemplo La Meca. Puede que el paganismo de los beduinos en la Arabia del siglo VI englobara diversas creencias y prácticas, pero no mostraba interés en las cuestiones metafísicas que se cultivaban en las mayores sociedades sedentarias de Arabia, en especial con respecto a asuntos como la vida después de la muerte. La forma de vida nómada exige una religión que aborde las preocupaciones inmediatas: ¿Qué dios puede guiarnos hasta el agua? ¿Qué dios puede curar nuestras enfermedades?

En cambio, entre las sociedades sedentarias de Arabia, el paganismo había evolucionado a partir de sus manifestaciones anteriores y más simples hasta convertirse en una tradición religiosa compleja, proporcionando una legión de intermediarios divinos y semidivinos que se situaban entre el dios creador y su creación. Este dios creador fue llamado Alá, *Allah*, que no es un nombre propio, sino una contracción de *al ilah*, cuyo significado es sencillamente «el dios». Al igual que su equivalente griego, Zeus, Alá era originariamente una antigua deidad de la lluvia y el cielo, elevada a la función de dios supremo de los árabes preislámicos. Si bien era una deidad poderosa digna de la mayor fe, la destacada posición de Alá en el panteón árabe lo hacía inasequible —como ocurre con casi todos los dioses mayores— a las súplicas de la

gente corriente. Convenía más recurrir a dioses menores y más accesibles que actuaban como intermediarios de Alá, entre los cuales gozaban de especial poder sus tres hijas: Allat («la diosa»), Al Uzza («la poderosa») y Manat (la diosa del destino). Estos mediadores divinos no solo estaban representados en la Kaaba, sino que además tenían sus propios santuarios individuales por toda la península arábica. Era a ellos a quienes rezaban los árabes cuando necesitaban lluvia, cuando sus hijos enfermaban, cuando entablaban combate o emprendían un viaje por el traicionero desierto.

En la Arabia preislámica no había sacerdotes ni escrituras paganas, pero los dioses se manifestaban con frecuencia a través de las declaraciones en éxtasis de ciertos adivinos conocidos como *kahins*. Los *kahins* eran poetas que, a cambio de unos honorarios, entraban en trance y revelaban mensajes divinos por medio de pareados. Procedentes de todos los estratos sociales y económicos, e incluyendo a algunas mujeres, los *kahins* interpretaban los sueños, resolvían crímenes, encontraban animales perdidos, solucionaban disputas y hacían comentarios sobre cuestiones de ética.

Si bien se le llamaba Rey de los Dioses y Señor de la Casa, Alá no era la deidad central de la Kaaba (ese honor correspondía a Hubal, secular dios lunar sirio). Aun así, la destacada posición de Alá en el panteón árabe es un claro indicio de hasta qué punto había evolucionado el paganismo en la península arábica desde sus elementales raíces animistas. Uno de los ejemplos más llamativos de este proceso lo encontramos en el cántico procesional que, según la tradición, entonaban los peregrinos al acercarse a la Kaaba:

*Aquí estoy, oh, Alá, aquí estoy.
Tú no tienes copartícipe,
excepto aquel que es tu copartícipe.
Tú lo posees a él y todo aquello que es suyo.*

Esta proclama, sin duda parecida a la profesión de fe musulmana —«No hay dios, sino Dios»—, quizá muestre los primeros indicios en la Arabia preislámica de lo que los estudiosos denominan *henoteísmo*: la fe en un solo Dios supremo, sin rechazar necesariamente la existencia de otros dioses subordinados.

El judaísmo en la Arabia preislámica

Muchos estudiosos están convencidos de que allá por el siglo VI e.c. el henoteísmo se había convertido en el credo más extendido entre los árabes sedentarios, que no solo aceptaban a Alá como Dios supremo, sino que insistían en que era el mismo Dios que Yahvé, el Dios de los judíos. La presencia judía en la península arábica tiene su origen, en parte, en el exilio babilónico acaecido mil años antes. Los judíos eran, en su mayoría, una comunidad próspera y muy influyente cuya cultura y tradiciones se habían integrado en las esferas social y religiosa de la Arabia preislámica. Ya fueran árabes conversos o inmigrantes llegados de Palestina, los judíos participaban en todos los niveles de la sociedad árabe. Había mercaderes judíos, beduinos judíos, agricultores judíos, poetas judíos y guerreros judíos. Los hombres judíos tenían nombres árabes y las judías lucían tocados árabes. La relación entre los judíos y los árabes paganos era simbiótica no solo en el sentido de que los judíos estaban profundamente arabizados, sino también en el de que los árabes se hallaban muy influidos por las creencias y prácticas judías. Como prueba de esta influencia, basta fijarse en la propia Kaaba, cuyos orígenes mitológicos indican que fue un santuario (*haram* en árabe) semita con hondas raíces en la tradición judía. Adán, Noé, Abraham, Moisés y Aarón estuvieron todos relacionados de un modo u otro con la Kaaba mucho antes de surgir el islam, y la misteriosa Piedra Negra que aún

hoy permanece fijada a la esquina suroriental del santuario parece haberse vinculado inicialmente a la piedra sobre la que Jacob, el héroe bíblico, apoyó la cabeza durante su famoso sueño de la escalera.

Los lazos entre el paganismo árabe y el judaísmo cobran pleno sentido si recordamos que los árabes, al igual que los judíos, se consideraron descendientes de Abraham, a quien atribuían no solo el redescubrimiento de la Kaaba, sino también la creación de los ritos de la peregrinación que se desarrollaron allí. Tan venerado era Abraham en Arabia que se le asignó su propio ídolo dentro de la Kaaba, como si él mismo fuera un dios. Eso se debe a que, en la Arabia del siglo VI, el monoteísmo judío no entraba en contradicción con el paganismo árabe. Probablemente, los árabes paganos percibían el judaísmo como una manera más de expresar lo que ellos consideraban sentimientos religiosos similares.

El cristianismo en la Arabia preislámica

Lo mismo podría decirse con respecto a las percepciones árabes del cristianismo, que tuvo una presencia influyente en la península arábiga. Entre los siglos III y VII e.c., Arabia estuvo en primer plano en las guerras entre los imperios cristianos de Roma y Bizancio y el Imperio sasánida (persa). Hacia el siglo VI e.c., el Yemen se había convertido en foco de las aspiraciones cristianas en Arabia; la ciudad de Najrán se consideraba, en general, el núcleo del cristianismo árabe, mientras que en Saná se había construido una descomunal iglesia que, durante un tiempo, rivalizó con La Meca como principal lugar de peregrinación de la región. Como credo proselitista, el cristianismo no permaneció dentro de las fronteras de los territorios árabes. Diversas tribus árabes se habían convertido en masa al cristianismo. Los gasánidas, situados a am-

bos lados de la frontera entre los imperios romano y bizantino y el mundo árabe, constituían la mayor de estas tribus. Apoyaban activamente los esfuerzos misioneros en Arabia, mientras que en la misma época los emperadores bizantinos enviaron a sus obispos a los últimos confines de los desiertos para captar al resto de los árabes paganos.

Probablemente la presencia del cristianismo en la península arábiga tuvo un efecto considerable en los árabes paganos. (Según las tradiciones, la imagen de Jesús presente en el santuario fue colocada allí por un copto cristiano llamado Baqura.) A menudo se ha señalado que los relatos bíblicos narrados en el Corán dejan entrever cierta familiaridad con las tradiciones y las narraciones del credo cristiano. Existen llamativas similitudes entre las descripciones cristianas y coránicas del apocalipsis, el juicio final y el paraíso que espera a aquellos que han sido salvados. Estas similitudes no entran en contradicción con la creencia musulmana de que el Corán fue una revelación divina, pero sí indican que la visión coránica de los Últimos Días quizá fuera revelada a los árabes paganos por medio de un conjunto de símbolos y metáforas con los que ya estaban familiarizados, gracias en parte a la gran difusión del cristianismo en la región.

La influencia del zoroastrismo en la Arabia preislámica

Mientras que los gasánidas protegían las fronteras del Imperio bizantino, otra tribu árabe, los lajmíes, proporcionaban el mismo servicio al Imperio sasánida. Como herederos imperiales del antiguo reino persa de Ciro el Grande, que había dominado el Asia Central durante casi un milenio, los sasánidas eran zoroastrianos, seguidores del antiguo profeta Zaratustra.

En el centro de la teología zoroastriana se erigía un sistema monoteísta basado en un dios único, Ahura Mazda («el Señor de la Sabiduría»). Como era habitual en la antigüedad, Zaratustra tenía dificultades para concebir que su dios fuera origen del bien y del mal simultáneamente. Desarrolló, pues, un dualismo ético en el que dos espíritus opuestos, *Spenta Mainyu* («el espíritu benéfico») y *Angra Mainyu* («el espíritu hostil»), eran los responsables del bien y del mal, respectivamente.

Aunque estos dos espíritus no eran dioses, sino solo encarnaciones espirituales de la Verdad y la Falsedad, en los tiempos de los sasánidas el monoteísmo inicial de Zaratustra se había transformado en un sistema *dualista* en el que los dos espíritus primordiales se convirtieron en dos deidades enzarzadas en un combate eterno por las almas de la humanidad: Ormuz, el Dios de la Luz, y Ahrimán, el Dios de la Oscuridad. Pese a ser una religión no proselitista a la que, como es sabido, era difícil convertirse, la presencia militar sasánida en la península arábiga redundó, no obstante, en alguna que otra conversión tribal al zoroastrismo.

El hanifismo en la Arabia preislámica

La panorámica que surge de este breve esbozo de la experiencia religiosa de la Arabia preislámica es el de una época en la que el zoroastrismo, el cristianismo y el judaísmo se entremezclaban en una de las últimas regiones que quedaban en el Oriente Próximo dominadas todavía por el paganismo. Estas tres religiones, gracias a la relativa distancia que las separaba de sus respectivos centros de influencia, gozaron de libertad para desarrollar sus propios credos y rituales. En La Meca, el vibrante entorno pluralista se convirtió en caldo de cultivo para audaces ideas nuevas y apasionante experimentación religiosa, siendo la más importante un mo-

vimiento monoteísta árabe poco conocido que apareció en algún momento del siglo VI e.c. y se llamó *hanifismo*.

Los legendarios orígenes del hanifismo se relatan en los escritos de uno de los primeros biógrafos de Mahoma, Ibn Hisham. Un día, mientras los habitantes de La Meca celebraban una festividad pagana en la Kaaba, cuatro hombres —Uaraqa Ibn Naufal, Uzmán Ibn Huwairiz, Ubayd Alá Ibn Jahsh y Zaid Ibn Amr— se reunieron en secreto en el desierto. Acordaron, «en los lazos de la amistad», que nunca más volverían a venerar a los ídolos de sus antepasados. Fraguaron el pacto solemne de volver a la religión verdadera de Abraham, a quien no consideraban ni judío ni cristiano, sino un monoteísta puro: un *hanif* (de la raíz árabe *hnf*, que significa «apartarse de», en el sentido de aquel que se aparta de la idolatría). Los cuatro hombres se marcharon de La Meca cada uno por su camino para predicar la nueva religión y buscar a otros como ellos. Al final Uaraqa, Uzmán y Ubayd Alá se convirtieron los tres al cristianismo; Zaid, en cambio, continuó en la nueva fe. A pesar de su llamamiento al monoteísmo y su repudio de los ídolos del santuario, Zaid conservó una profunda veneración por la Kaaba, santuario que consideraba conectado espiritualmente con Abraham. «Busco refugio en aquello en lo que Abraham buscó refugio», declaró Zaid.

Por lo que se sabe, el hanifismo se extendió por toda Arabia occidental, o el Hiyaz, prendiendo especialmente en los núcleos de población importantes. Es imposible precisar cuántos conversos hanif había en la Arabia preislámica, o qué magnitud adquirió el movimiento. No obstante, sí parece evidente que en la península arábiga muchos luchaban activamente por transformar el vago henoteísmo de los árabes paganos en una forma de monoteísmo claramente árabe.

El hanifismo fue, como el cristianismo, una fe proselitista, y por tanto su ideología debió de difundirse por todo el Hiyaz. La

mayoría de los árabes sedentarios debieron de oír a predicadores hanif; los habitantes de La Meca debieron de estar sin duda familiarizados con la ideología del hanifismo, y casi con toda seguridad el profeta Mahoma debió de conocerla también.

2

El mundo en el que nació Mahoma

La ética tribal

Para los beduinos, la única forma de sobrevivir en una comunidad donde el movimiento era la norma y la acumulación material no resultaba práctica era mantener un fuerte sentido de la solidaridad tribal por medio del reparto equitativo de los recursos disponibles. Así las cosas, todos los miembros de la tribu tenían una función esencial en el mantenimiento de la estabilidad de la tribu, y la propia tribu era tan fuerte solo como sus miembros más débiles. Ahí intervenía la ética tribal. Su finalidad era conservar una apariencia de igualitarismo social de modo que, independientemente de la posición de cada miembro en particular, todos pudieran compartir los derechos sociales y económicos y los privilegios que preservaban la unidad de la tribu.

En la Arabia preislámica la responsabilidad de mantener la ética tribal recaía en el *sayyid*, *shayj* o jeque de la tribu. Elegido por unanimidad como «el primero entre iguales», el *shayj*, que significa «aquel que lleva las marcas de la vejez», era el miembro más respetado de la comunidad, la figura que representaba la fuerza y los atributos morales de la tribu. Aunque en general se creía que cualidades como el liderazgo y la nobleza eran inherentes a ciertas

familias, el jeque no era una posición hereditaria. Aparte de la madurez, el único requisito para convertirse en jeque era encarnar los ideales del *muruwa*: el código de conducta tribal compuesto por importantes virtudes árabes como la valentía, el honor, la hospitalidad, la fuerza en el combate, el interés por la justicia y, por encima de todo, la diligente dedicación al bien colectivo de la tribu.

El jeque poseía poca autoridad ejecutiva real, porque los árabes eran reacios a concentrar todas las funciones del mando en un único individuo. Todas las decisiones importantes se tomaban por medio de una consulta colectiva con otros elementos de la tribu que desempeñaban papeles igual de importantes: el *qaíd*, que actuaba como jefe militar; el *kahin*, o responsable del culto; y el *hakam*, que resolvía las disputas. Puede que en ocasiones el jeque ejerciera una o más de estas funciones, pero su responsabilidad principal era mantener el orden dentro de las tribus y entre ellas, garantizando la protección de todos los miembros de su comunidad, especialmente de aquellos que no podían protegerse por sí solos: los pobres y los débiles, los menores y los ancianos, los huérfanos y las viudas. La lealtad al jeque se simbolizaba mediante un juramento llamado *bayá*, que se hacía al hombre, no al cargo. Si el jeque incumplía su deber de proteger adecuadamente a todos los miembros de la tribu, se le retiraba el juramento y se elegía a otro jefe para sustituirlo.

En una sociedad donde no existía una idea de moralidad absoluta dictada por un código ético divino —unos Diez Mandamientos, por así decirlo—, el jeque disponía de un solo recurso jurídico para mantener el orden en su tribu: la Ley del Talión, representada más popularmente en el concepto un tanto tosco de «ojo por ojo». Lejos de ser un sistema legal barbárico, la Ley del Talión en realidad pretendía limitar la barbarie. Conforme a esta ley, una lesión en el ojo a un vecino restringía el desquite a *solo*

un ojo y nada más; el robo de un camello a un vecino imponía el pago de un camello exactamente; matar al hijo de un vecino implicaba la ejecución del propio hijo. A fin de facilitar el castigo, se estableció una cantidad pecuniaria, conocida como «dinero de sangre», para cada bien y cada activo, así como para cada miembro de la sociedad y, de hecho, cada parte del cuerpo de un individuo. En la época de Mahoma, la vida de un hombre libre equivalía aproximadamente a cien camellos; la vida de una mujer libre, a cincuenta.

Recaía en el jeque la responsabilidad de mantener la paz y la estabilidad en la comunidad, velando para que se infligiera el castigo acorde con cada delito cometido en el seno de la tribu. Los delitos cometidos contra personas *externas* a la tribu no solo quedaban impunes, sino que en realidad no eran delitos. El robo, el homicidio o las lesiones causadas a otra persona no se consideraban en sí mismos actos moralmente reprobables, y se castigaban solo si mermaban la estabilidad de la tribu.

De vez en cuando la sensación de equilibrio inherente a la Ley del Talión se veía distorsionada por alguna complicación logística. Por ejemplo, si resultaba que una camella robada estaba preñada, ¿el ladrón adeudaba a la víctima un camello o dos? Como en las sociedades tribales no existía una aplicación formal de la ley ni sistema judicial alguno, en aquellos casos en los que se requería negociación, las dos partes planteaban sus argumentos ante un *hakam*: cualquier parte neutral de confianza que actuara como árbitro en la disputa. Después de exigir una garantía a las dos partes para asegurarse de que ambas se atenderían a la decisión arbitral —que en rigor no podía imponerse—, el *hakam* pronunciaba una declaración legal acreditada: «una camella preñada equivale a dos camellos». Las decisiones de los *hakams*, acumuladas a lo largo del tiempo, se convirtieron en el fundamento de una tradición jurídica normativa, o *sunna*, que servía como código jurídico de la tri-

bu. En otras palabras, ya nunca más se requería un arbitraje para decidir el valor de una camella preñada.

Sin embargo, como cada tribu tenía sus propios *hakams* y su propia *sunna*, las leyes y tradiciones de una tribu no eran necesariamente aplicables a otra. A menudo se daba el caso de que un individuo carecía de protección legal, derechos e identidad social fuera de su propia tribu. Es complicado entender cómo conseguían mantener el orden intertribal los árabes preislámicos cuando en rigor no había nada moralmente incorrecto en robar, herir o matar a alguien fuera de la propia tribu. Las tribus mantenían relaciones entre sí a través de una compleja red de alianzas y filia-ciones. Pero la respuesta más sencilla es que si alguien de una tribu causaba daño a un miembro de otra, la tribu perjudicada, si era bastante fuerte, podía exigir el correspondiente castigo. Por consiguiente, era responsabilidad del jeque asegurar que las tribus vecinas comprendieran que cualquier agresión contra su pueblo sería vengada equitativamente. Si no podía proporcionar este servicio, dejaba de ser jeque.

Los coraichitas

Los coraichitas eran la tribu beduina más rica y poderosa establecida en La Meca. Conocidos por todo el Hiyaz como *Ahl Allah*, «la Tribu de Dios», los Guardianes del Santuario, la dominación de los coraichitas en La Meca empezó a finales del siglo IV e.c., cuando un joven ambicioso llamado Qusay consiguió el control de la Kaaba uniendo a varios clanes enemigos bajo su mando. Los clanes de la península arábiga se componían principalmente de grandes familias amplias que se hacían llamar *bayt* (casa) o *banu* (hijos) del patriarca de la familia. El clan de Mahoma se conocía por tanto como Banu Hashim, «los Hijos de Hashim». Por medio

de cruces matrimoniales y alianzas políticas, un grupo de clanes podía mezclarse y convertirse en un *abl* o un *qaum*: un «pueblo», llamado más comúnmente tribu.

La genialidad de Qusay consistió en darse cuenta de que, en La Meca, la fuente del poder residía en su santuario; en pocas palabras, aquel que controlara la Kaaba controlaría la ciudad. Apelando a los sentimientos étnicos de los otros miembros del clan coraichita, a quienes él llamaba «los más nobles y puros entre los descendientes de Ismael», Qusay fue capaz de arrebatarse la Kaaba a sus clanes rivales y proclamarse Rey de La Meca. Si bien permitió que los rituales de peregrinación prosiguiesen sin alteración alguna, solo él poseía las llaves del templo. Como consecuencia, recaía únicamente en él la autoridad de suministrar alimento y agua a los peregrinos, presidir las asambleas en torno a la Kaaba donde se realizaban los ritos del matrimonio y la circuncisión, y entregar los estandartes de guerra. A fin de poner más de relieve el poder del santuario para otorgar autoridad, Qusay dividió La Meca en barrios, creando un anillo exterior de asentamientos y otro interior. Cuanto más cerca vivía uno del santuario, mayor era su poder. De hecho la casa de Qusay estaba adosada a la Kaaba.

El significado de esa proximidad entre Qusay y el santuario no pasaba inadvertido a los habitantes de La Meca. Debía de ser difícil permanecer ajeno al hecho de que los peregrinos que giraban alrededor de la Kaaba giraban también alrededor de Qusay. Y como la única manera de acceder al interior sagrado de la Kaaba era a través de una puerta situada dentro de la casa de Qusay, nadie podía acercarse a los dioses del santuario sin pasar ante Qusay. Así, Qusay se arrogó la autoridad tanto política como religiosa en la ciudad. No solo era el Rey de La Meca; era el Guardián de las Llaves.

La innovación de Qusay consistió en establecer lo que se convertiría en el fundamento de la economía de La Meca. Empezó a

fortalecer la posición de la ciudad como lugar de culto en el Hi-yaz, reuniendo a todos los ídolos venerados por las tribus vecinas y trasladándolos a la Kaaba. A partir de ese momento si uno quería rendir culto, por ejemplo, a los dioses amantes Isaf y Naila, solo podía hacerlo en La Meca, y solo después de pagar un peaje a los coraichitas por el derecho a entrar en la ciudad sagrada. Como Guardián de las Llaves, Qusay también mantenía un monopolio sobre la compra y la venta de bienes y servicios a los peregrinos, que él a su vez financiaba imponiendo tributos a los habitantes de la ciudad y quedándose el excedente. En unos pocos años Qusay, gracias a este sistema, se había convertido en un hombre enormemente rico, al igual que los clanes coraichitas dominantes que habían conseguido unir su suerte a la de él. Pero aún había más beneficios que obtener en La Meca.

Como todos los santuarios semitas, la Kaaba transformó toda la zona circundante en terreno sagrado, convirtiendo la ciudad de La Meca en un espacio neutral donde las luchas estaban prohibidas y no se permitía llevar armas. Se animaba a los peregrinos que viajaban a La Meca en la época de peregrinación a aprovechar la paz y la prosperidad de la ciudad llevando consigo mercancías con que comerciar. Para facilitar esta circunstancia, las grandes ferias comerciales coincidían con el ciclo de peregrinación, y las reglas creadas para lo uno complementaban las reglas creadas para lo otro. Unas cuantas generaciones después de Qusay, bajo la dirección de su nieto y bisabuelo de Mahoma, Hashim, los coraichitas habían conseguido establecer en La Meca una zona comercial modesta pero lucrativa, que dependía casi íntegramente del ciclo de peregrinación a la Kaaba para su subsistencia.

Como se decía que todos los dioses de la Arabia preislámica residían en la Kaaba, todos los pueblos de la península arábiga, fueran cuales fuesen sus creencias, sentían una profunda obligación espiritual para con este único santuario y también para con la

ciudad que lo albergaba y la tribu que lo conservaba. Enlazando la vida religiosa y económica de la ciudad, Qusay y sus descendientes habían desarrollado un innovador sistema religioso-económico que dependía del control de la Kaaba y sus ritos de peregrinación para garantizar la supremacía económica, religiosa y política de una sola tribu: los coraichitas.